

desprendida de otro planeta. En la franja se ven, cerca, las ramas del jazmín y, a lo lejos, las baldosas, las hileras de calas y, mucho más brillante que las arandelas, el auto. A lo mejor, piensa Silvia, los poemas se me fueron porque llegó el auto. En el espejo, la mano es un bicho que mueve las patas como si se estuviera muriendo. Silvia cierra los ojos como si de pronto se cansara de esperar el tren en una estación llena de gente. Se le cae al suelo el lápiz de las cejas. El espejo, amarillo, da vueltas como un trompo. Se prepara para escribir algún poema en tiras de papel higiénico».

Saber ver alrededor

En el quinto y último cuento, Ana Basualdo describe a alguien que bien puede ser ella misma con sus personales dotes de captación: «Julio siempre se admira —escribe— de cuánto veo alrededor: de cuánta certeza tengo, dice, de las distancias, los contornos y los movimientos. Dice, literariamente, que el aire tiene que replegarse cuando mi mano lenta y segura va en busca de las cosas; que hasta el aire es torpe cuando yo voy de un punto a otro. Pero no sabe nada Julio. No me muevo con soltura sino con cuidado, con incertidumbre, nunca sé qué hay al otro lado. Tengo que adivinarlo».

Todos los cuentos del presente libro están llenos de entrañables personajes familiares —padre, madre, hermanos—, pero con gran diferencia destaca la personalidad de la abuela y sus lecciones que no tienen desperdicio: «Me animó a cultivar la rebeldía, única manera de que no te conviertas en un animal doméstico y de que no te engatusen los tiranos». Quiso convencerme de que la verdadera moralidad se transmite a través de la simpatía, «que no tiene nada de misteriosa». Me habló de átomos y de células con impecables frases científicas que sin embargo alababan de otra manera a los dioses del aire. Me pidió que aprendiera a distinguir entre el miedo y la cobardía («esa omisión»), la transparencia y la obviedad, la profundidad y la maraña. También entre el sueño de la acción y el pensamiento que produce acción. Me habló de la política, «esa misión, aunque no lo creas, pura». Y del amor, «que no es únicamente instinto ni aliento divino ni mucho menos locura, sino una razonable preferencia». Se atrevió por fin a formular el verdadero pedido. Después de hablar del común origen de plantas y de hombres, me dijo: «No dejes que organicen un entierro decorativo». En lugar de disimular el proceso con flores falsas durante toda una velada incómoda, quiso decirme, acelerarlo con un soplo de cenizas en el aire».

En el relato titulado *El Clan*, de manera y clara y concisa, consigue dar una imagen vivísima de la personalidad de cada uno de los hermanos, así como de su entorno familiar: «Las mujeres llevan a los hijos al borde de los zanjones, para que puedan pescar allí sin peligro, y conversan entre ellas. Acostumbradas al silencio terco de sus maridos, sienten sin embargo que los hombres están ahí: un punto de opresión concentrado en Julio, un punto muerto en Elio, un surtidor luminoso que brota de Agustín, una fuente de imprevisible inquietud en el remoto y violento Guido, una aureola de fantasías inofensivas en torno a Fernando. En cuanto a los solteros, Luis les inspira a todas cierta codicia sentimental y Natalio una mezcla de irritación y piedad».

Algunas páginas más adelante dice también: «Los hermanos se unen como un solo animal dispuesto a la lucha. Mira y se mueve de manera distinta, pero es el mismo ani-

mal. Acorralado bajo la piel de Elio y alerta como un tigre en los músculos de Guido. Julio, quitándose el saco y subiéndose las mangas de la camisa, actúa con la astucia de siempre. A Fernando la orden del hermano mayor lo enardece tanto como sus propias fantasías. Luis vuelve a la sangre común. Y Agustín, con la cabeza tapada todavía por la máscara de soldar, camina como un indio rubio hacia la ronda de los sacrificios».

De la vida cotidiana

Los relatos de Ana Basualdo están protagonizados por personajes muy corrientes de la vida cotidiana, lo que ocurre es que ella los adorna con sus dotes descriptivas y consigue envolverlos en un halo de misterio que los hace aparecer como extraordinarios. El colmo de la mediocridad nos lo ofrece precisamente en *Oldsmobile 1962*, nombre que utiliza para titular su libro. En él nos describe la anodina vida de una familia anodina, cuya máxima preocupación consiste en cuidar el coche que se acaba de comprar: «Todas las noches, su padre dedica dos horas a la limpieza del Oldsmobile. Lo riega como a una planta, lo seca como a un florero de porcelana y después lo mira como a un monumento. Como un monumento, el auto no se ha movido de su lugar; ni siquiera se ha oído el ruido del motor».

La palma, último de los relatos, cuenta las cavilaciones de una mujer sola ante un espejo negro. Tal vez es el mejor de los cinco cuentos, en él hay sensibilidad, tiranteces, temuras, un cierto estar de vuelta y no poco sentido del humor. La protagonista elucubra sobre las cualidades de los varones que la cortejan: «Julio sabe demasiado. Es sabio, pero iluso. Sabe de mí más que Carlos pero, aunque nunca las exige, espera las mismas cosas. Cree que así le lloverán los regalos. Pero los verdaderos regalos son siempre imprevistos y, sobre todo, inmerecidos. Julio me escribe largas cartas mudas y Carlos me regala espejos para que aprenda a exhibirme como en un vulgar escaparate. Nada encuentro en las cartas de Julio y al enorme espejo lo pondré de cara a la pared. Mi imagen se refleja sólo en mí».

Los cuentos de Ana Basualdo, con los que se estrena en el campo de la narrativa, no son ni mucho menos los escritos de una primeriza. Tienen poso, solidez, consistencia.

Isabel de Armas

Para una sistematización del movimiento literario postista

Efectivamente estaba haciendo falta una sistematización en profundidad sobre este movimiento de vanguardia de los inicios de la posguerra, como la que ha realizado el poeta y profesor universitario Jaime Pont en su libro: *El Postismo*, objeto ahora de nuestro comentario.¹

No nos parece sin embargo tan extraño que dicho movimiento haya necesitado más de treinta años para lograr una atención de la crítica en profundidad.

Si nos basamos, por ejemplo, en los programas universitarios sobre la literatura española del siglo XX hasta hace poco tiempo, puede entenderse fácilmente que el período de posguerra haya quedado con frecuencia postergado por la crítica literaria durante bastante tiempo, especialmente en las facetas más comprometidas.

Es evidente que la Universidad no es el único vehículo para la formación del crítico ni para el estudio de la literatura, pero sirve en cualquier caso de síntoma de lo que un país conoce de su contemporaneidad y de lo que la sociedad exige y permite de su tradición literaria. Lo cierto es que en España no han sido muy habituales los estudios sobre temas contemporáneos, y no puede olvidarse que hasta no hace mucho en esos programas universitarios raras veces se pasaba de la Generación del 27 en literatura, o del impresionismo en la historia de la pintura, casi nunca se analizaba la vanguardia y muy pocas veces se tocaba la posguerra en los programas de historia.

El acceso a la literatura vanguardista o a los temas fundamentales de la literatura contemporánea quedaba adjudicado a la buena voluntad o el interés del alumno, lo que a menudo se ha justificado con el argumento de la falta de perspectiva histórica, aplicada de forma tajante y sospechosa en el estudio de la Guerra Civil y la etapa posterior.

Según esto, no es difícil comprender por qué especialmente la vanguardia ha sido raras veces estudiada en nuestro país hasta hace poco más de una década, con contadas excepciones. El surrealismo español, por ejemplo, tiene entre sus primeros estudiosos a hispanistas como V. Bodini, Paul Ilie, o C. B. Morris, precedentes a menudo para los críticos españoles.

No puede pensarse por ello que la razón sea la complejidad inherente a la vanguardia por su naturaleza como fenómeno interartístico; tampoco puede explicarse sólo por la orientación eminentemente tradicionalista de nuestra crítica, ya que esto responde

¹ *Jaime Pont: El Postismo. Un movimiento estético-literario de vanguardia, Barcelona, Llibres del Mall, 1987.*